

Contravoz: “Fotos Que No Quiero Ver”

Por Gonzalo Himiob Santomé

Johana llega a mi oficina. La acompañan Nancy, Ernesto y Kenia. Johana es la mujer de José Alejandro Márquez. Los demás son tres de sus cuatro hermanos. Walter no pudo venir. Tampoco vinieron José Márquez ni Nancy Angelina, sus padres. Me toca, nos toca, a Alfredo y a mí, ponernos el frío sombrero de abogados y de activistas de DDHH para hacer las preguntas que corresponde hacer en estos casos. Queremos saber, de la manera más objetiva posible, qué le pasó a José Alejandro.

Johana y Nancy hacen acopio de todas las fuerzas que les quedan y nos cuentan lo que recuerdan de esa noche. Apenas comenzando la noche del 19 de febrero, estaba José Alejandro en su casa cuando un vecino llamó a su puerta y le pidió que bajara con él a registrar con las cámaras de sus celulares no sólo las protestas que en ese momento tenían lugar allí, en su calle de La Candelaria, en Caracas, sino además la brutal represión contra los manifestantes a cargo, en este caso, de la “Guardia del Pueblo”.

Johana, dueña como toda mujer de esa intuición femenina, casi un “sexto sentido” de las mujeres, del que sólo dudan los estúpidos, se opone. Se escuchaban detonaciones, gritos, furia. Temía que algo le pudiera pasar a José Alejandro y se lo hizo saber. “No vayas” –le dijo- pero él se empeñó en bajar. Era opositor, y aunque hasta ese momento no había participado en “guarimbas” o barricadas, sentía que debía hacer algo más por su país que asistir a marchas o a concentraciones.

Estas serían, las de la breve discusión que tuvieron sobre el tema, las últimas palabras entre Johana y José Alejandro. Nadie podía anticipar que la muerte acabaría esa noche con sus catorce años de vida en común. Nadie podía saber que los planes y sueños que los dos

compartían, muchos de los cuales se concretarían este mismo año, quedarían unas horas más adelante definitivamente truncados

Cristian, el joven amigo de José Alejandro que le invitó a bajar esa noche, vino también a mi oficina unos pocos días después. Estaba esa noche al lado de José Alejandro, filmando y fotografiando lo que ocurría con sus celulares, cuando alguien, nunca supo quién, gritó “¡Nos están filmando!” y casi al unísono todos los rostros de los efectivos militares tornaron hacia ellos. A Cristian, según me cuenta, lo sometieron a punta de pistola, y a José Alejandro también lo amenazaron, mientras les exigían a ambos que entregaran sus celulares a los funcionarios. Cristian narra que ninguno de los dos quiso hacerlo, y que José Alejandro le dijo varias veces al funcionario que lo amenazaba que no entregaría su celular, que era un ciudadano con pleno derecho a fotografiar y a filmar lo que ocurría. Algo pasó, sin embargo, que hizo que José Alejandro decidiera huir de allí. Trataba de evitar que le quitaran su celular o que le hicieran algo peor, pero la mala suerte le hizo tropezar a los pocos metros con un desnivel del piso, lo que le hizo caer, de frente, al suelo, quedando a merced de sus perseguidores. Cristian, haciendo caso omiso al arma que le apuntaba, pudo ver que José Alejandro levantó su mano y mostró su celular, quizás para entregarlo al no haber podido escapar, pero además vio que los funcionarios que lo perseguían llamaron a gritos a la unidad que los transportaba, y luego de que ésta se acercó, que lanzaron a su amigo “como un saco” en la parte trasera de la misma. Luego no supo más. Permaneció escondido casi hasta las seis de la mañana del día siguiente.

Cristian habla con aplomo y valor, pero me confiesa que se siente culpable. Está dispuesto a declarar ante quien sea necesario hacerlo, pero cree que si él no le hubiese pedido a su amigo que lo acompañara, José Alejandro todavía estaría vivo. Le explico que sus asesinos son otros, y que no debe cargar cruces que no le corresponden. Él lo sabe, pero nada me quita de la cabeza que este joven, aplomado y bueno, siempre se sentirá, en parte, responsable de lo ocurrido.

Vuelvo al momento en el que hablo con Johana y con los hermanos de José Alejandro. Me cuentan que luego de dar muchos tumbos lograron dar con José Alejandro en el Hospital Vargas. Los efectivos militares se lo habían llevado de su calle con un leve golpe en el rostro,

producto de su caída, pero lo habían devuelto al hospital casi desnudo y con el cráneo, en su parte posterior, en ese hueso que por su dureza los médicos llaman “el pedernal”, fracturado. Lo peor es que en las actas oficiales se hace constar –así como cuando los maridos violentos mienten sobre los moretones de sus mujeres- que sólo “se cayó”. La severidad del trauma no lo mató de inmediato, lo tuvo en coma unos días, pero los médicos estaban claros: José Alejandro ya tenía “muerte cerebral”. Se le declaró fallecido el 23 de febrero.

Me traen las pruebas de todo lo ocurrido. Diosdado en su afán por distorsionar la realidad miente, ellas no. Veo fuerza y anhelo de justicia en sus ojos enrojecidos y gastados de llanto, y eso me anima a llegar a la parte más difícil: pasar del “¿qué pasó?” al “¿qué sientes?”. Johana me mira y me responde: “Estoy en blanco. Si hubiese podido irme con él, me hubiese ido”. A Nancy se le quiebra la voz mientras me cuenta que su padre no ha querido ver el video que muestra lo ocurrido, pero que su madre sí lo ha visto. La señora Nancy Angelina lo único que dice es que le gustaría que su muchacho aún estuviese corriendo por su vida.

Johana me cuenta de los sueños que ya no son, de los sueños que la barbarie uniformada le quebró al romper a golpes el cráneo de su amado. Ella estaba a punto de graduarse de administradora, en junio de este año, y luego de eso el “peludín” –así llamaba ella a José Alejandro- y ella iban a casarse por fin. Luego tendrían hijos. Ambos soñaban con eso. Me cuenta que sus dos perritos, Sisi y Barney, buscan a José Alejandro cuando ella llega sola a casa. Tuvo que ponerles de cama un suéter usado de él, uno que aún guarda su olor, para que al menos los animalitos puedan dormir tranquilos. No comprenden su repentina ausencia.

Trato, sin mucho éxito, de ocultar tras mis lentes mis ojos aguados y de ser cayado en el que ellas puedan apoyarse. Algo debió intuir Ernesto, el hermano de José Alejandro, que se lanza en mi auxilio reconduciendo la charla a los temas legales. Ellos se van. Ya en mi despacho, ordeno y protejo las radiografías, los exámenes, las actas, las pruebas, y conecto a mi ordenador un pen drive que, según Johana me dijo, tiene unas fotos de José Alejandro que son importantes.

En éste están unas fotos de José Alejandro que Johana, en medio de su desesperación, se atrevió a tomarle a su hombre apenas pudo verlo en el hospital cuando por fin lo encontró. Prueban que su caída sólo le causó unas lesiones menores en el rostro, y que todo lo demás que le pasó, fue “cortesía” de los efectivos militares que se lo llevaron.

“Fotos que no quiero ver”. Así se llama la carpeta digital que contiene las fotos.

Yo tampoco quiero verlas.

@HimiobSantome